

LA UNIVERSIDAD, CONSTRUCCIÓN DIALÓGICA*

Pedro Luis Barcia

Señor Rector, Vicerrectores, Decanos, Directores, profesores, autoridades, invitados especiales, padres, alumnos, personal de la Casa.

La definición más antigua de la universidad en nuestra lengua la dio Alfonso X el Sabio, asentada en las *Partidas*: “Universitat es el ayuntamiento de maestros e discipulos con la voluntad de facer los saberes”.

La voz “ayuntamiento”, hoy desusada, perdura en “yunta”, y se aplicaba a quienes trabajan muy unidos en equipo, en estrecha relación, y a los bueyes que tiraban del arado o del carro, aunadas sus testuzas por el “yugo”, que los igualaba en el esfuerzo parejo. El lunfardo ha creado bien el verbo “yugar”, por trabajar. En nuestros días, el barrimiento de la cultura del esfuerzo entre los argentinos va a hacer de este verbo una curiosidad lingüística que habremos de marcar en los diccionarios como “desusado”, si no como “arcaísmo”. Nosotros, en la Austral, seguimos conjugando en nuestras vidas ese verbo constructor. Los casados somos *cónyuges*, y, como mansos bueyes, codo a codo, vamos titando con el yugo que nos une, el carro de la familia, la educación de los hijos.

Pues bien, la universidad nace en la Edad Media como una comunidad de esfuerzo, de docentes y alumnos con objetivos comunes en su proyecto de conocimiento.

La gente, con minuciosa ignorancia de lo histórico, habla de “las tinieblas de la edad media”. A lo que el notable medievalista judío Gustave Cohen, les espetó: “Las tinieblas de la Edad Media no son sino las de vuestra ignorancia”, al final de un libro luminoso: *La gran claridad de la Edad Media*. Esa Edad, nominada sin personalidad, como simple estorbo interpuesto entre la clasicidad grecorromana y el renacimiento de ella, es la que creó todas las instituciones que suponen solidaridad social, sentido de comunidad, apoyo mutuo: los hospitales o *infirmarium* (que los griegos y romanos no tuvieron), los manicomios, los gremios, la escuela de primeras letras, los asilos, los comedores para los pobres u ollas populares, y la universidad.

La universidad nació privada y paga, articulada de dos maneras. La Sorbona fue *universitas discipulorum*: un conjunto de muchachos –deben haber sido enterrerianos- que invitaron a un conjunto de maestros a que les organizaran los estudios y dictaran los cursos. En cambio, Bolonia fue una *universitas magistrorum*, porque un conjunto de maestros pusieron plaza y armaron la institución. Más tardíamente, la universidad fue objeto de interés de la Iglesia y del gobierno terrenal. Pero en sus orígenes fue privada y paga, en toda Europa.

Como la rueda, la universidad es antigua, no vieja. Casi diez siglos después, aquella asociación sigue funcionando con vigor y vida. La Austral acaba de celebrar sus veinte años. Es cachorra, sí, pero con mandíbulas de *bulldog*. Y está en una nueva etapa de desarrollo y expansión. Nuestra sede, nuestras cátedras radicaron inicialmente en el edificio de Garay. Hoy nos estamos desplazando, sin prisa y sin pausa, al ámbito grato de Pilar. Una vez más, recurrimos a una figura medieval: la *transmigratio studiorum*, el traslado o desplazamiento de los estudios hacia otro ámbito físico, a otro campus (otro palabra medieval, como rector, decano, claustro, tutor, bedel y tantas más, etc.). Por qué es fácil esta traslación de los estudios: porque la universidad no es un edificio, no lo es, sino una comunidad humana estrechamente unida en proyectos compartidos. Y adonde se plante esa comunidad, allí estará la universidad.

Este ayuntamiento de docentes y alumnos, asistidos por cuantos nos ayudan a cumplir nuestro objetivo que es el estudio, es una comunidad viva porque se apoya en el diálogo. El notable ensayista norteamericano Alain Bloom dijo: “La universidad es socrática, o no es”. Es decir, básica y sostenidamente dialógica. Aquí estriba nuestra vitalidad.

Esa actitud dialógica transe toda nuestra actividad; diálogo de los alumnos entre sí, con los profesores, de estos con sus colegas, de facultades con facultades, diálogo con la naturaleza, con el contorno social, con el mundo actual. En síntesis: **diálogo con la realidad**, y este conocimiento de la realidad nos evita que seamos ideólogos ciegos al entorno y a lo real, y que pretendamos imponer plegamientos insensatos de la realidad a nuestras concepciones. Recuerdo aquel diálogo de Bertold Brecht que parece escrito para argentinos. Es textual:

“-¿Qué hace usted cuando ama a alguien?, le preguntaron un día al señor K.

“-Hago un bosquejo de esa persona -respondió el señor K-, y procuro que se le parezca”.

“-¿El bosquejo?

“-No, la persona”.

El diálogo de profesores y alumnos que dinamiza nuestra universidad está facilitado por la relación numérica entre ellos. Tenemos 1 profesor por cada 8 alumnos. Una proporción infrecuente, sino excepcional, en una universidad argentina. Pero, a ello le sumamos otra herramienta nuestra que vigoriza lo dialógico: el tutorado. Gracias a él, muchachos y chicas pueden recobrar tiempo, reorientar el estudio, solucionar problemas, prever desvíos. Y por efecto de este seguimiento aplicado es que el número de nuestros egresados es ponderable, respecto de la media universitaria nacional que es de 14 alumnos por cada 100 que ingresan.

La universidad no es un enclave cluso en un espacio, es una potencia desbordante en él, más allá de sus lindes. Y vamos por el arte del pontonero: tender puentes entre las personas, entre las generaciones, entre la ignorancia y el conocimiento, entre la galaxia Gutenberg y la galaxia Fleming, entre la universidad y su medio social. Los puentes son imágenes elocuentes de diálogo.

Crece nuestra australidad, como toda identidad, en el diálogo con todos. En la expansión más allá de nuestro campus y en la convocatoria a todos los vecinos a él. Hemos trazado un plan que llamamos “Por la identidad de Pilar”, esto es acentuar los rasgos identitarios de esta peculiar región de la provincia de Buenos Aires, por la cual ha pasado una rica historia. Para muestra, algunos botones. Fray Francisco de Paula Castañeda y sus poemas a Pilar hacia 1820: por ejemplo, el famoso “Romance endecasílabo”, “cantado en el pago de Pilar, por un mozo aseado que punteaba perfectamente la guitarra, tenía buena voz y se producía con suma gracia”, o el poema celebratorio “El Pago de Pilar”, cuando se propuso que se lo llamara “Nueva Buenos Aires: “Una hija, oh, Buenos Aires, te ha nacido/ tan famosa, y a ti tan parecida, /que de ti se ha vestido,/ y Nueva Buenos Aires se apellida, /para ser tu, Pilar, tu firmamento”. O el Tratado político de su nombre, o la radicación de un conjunto de familias wichí, o el proceso poblacional, etc. para que quienes la habitan robustezcan su sentido de pertenencia y de herencia de un legado que debemos acrecer.

Queremos que la Universidad sea un fogón convocante de reunión y un foco de expansión y difusión en este ámbito. Trabajaremos con las autoridades de Pilar, con su Intendencia, con la Junta de Estudios Históricos, con la Dirección de Cultura local, y, en espacio mayor, con el Archivo Histórico de la Provincia y la Dirección de Escuelas de la Provincia. Estamos adelantando parte de un proyecto de investigación que articula tres académicos de tres Academias. Las dos que presido: la Academia Argentina de Letras y la Academia Nacional de Educación, y la Academia Nacional de la Historia, representada en la figura de César García Belsunce y su equipo.

En fin, vida cotidiana y proyectos a futuro, todo esto tiene por vía comunicativa del diálogo. John Dewey, el pedagogo norteamericano definió: “El diálogo es la base de la democracia”. La Universidad lo alza y alzará por sobre nuestras cabezas, promoviendo con vigor y con ejemplo encarnado, este puente tan poco transitado por los argentinos. Es positivo, y emblemático, que la universidad promueva hacia fuera lo que es la dinámica vital en su propio seno.

Si le escuela pitagórica decía en su frontispicio: “Nadie entre aquí si no sabe matemáticas”. Nuestra Universidad podría inscribir: “Nadie entre aquí si no tiene vocación de diálogo”.

Hoy se está asentando en Pilar, y en este ámbito que hoy se inaugura, una Facultad de sentido transversal: la Facultad de Comunicación, cuyo nombre contiene en latín las ideas de participación, allegamiento, de compartir, de comulgar, ponerse de acuerdo. Un afianzamiento más que apuesta la Austral a lo dialógico.

Frente a quienes dicen y no hacen lo que dicen, a los que hacen lo que no dicen, a los que hacen que hacen, nuestro lema es: hacer lo que decimos, y cumplir con el precepto estoico: haz lo que haces.

No somos patos criollos. Nuestro palmípedo camina, vuela y nada. ¡Qué virtuosismo, dirá algún pavote poco avisado. Lo que no se aqdvierde que hace las tres cosas mediocrementemente. Ni en el caminar, ni el volar ni en el nadar destaca. Todo a medias. Es una forma del masomenismo nacional.

Hoy comienza una nueva etapa en la vida de la Universidad Austral, nuestro Rector ha sido reelegido, y, a la inversa de lo que solemos decir los

argentinos desde la cultura de la sospecha, decimos: “Algo bueno habrá hecho”. Estimamos que mucho. Pare este período ha trazado un plan lustral –no lo llamo quinquenal para no peronizarlo- en su doble acepción: de 5 años y dotado de ilustración. Cinco años, como los cinco sentidos, y los cinco dedos de la mano que se unen en la fuerza del puño con el que nuestro Rector ha asido el timón de esta nave y ha llevado a buen puerto. No le pasará como aquel famoso almirante que, situado en la cabina de mando, una mano en el timón y la otra que consultaba, en su palñama a cada momento. Cuando murió, dejó caer el brazo y se abrió su mano, y había escrito con tinta en ella: “Babor: izquierda; estribor: derecha”. No es el caso de nuestro Piloto Mayor: él tiene la rosa de los vientos en la palma. Ahora que repaso esta frase, que me salió redonda, creo que facilita un aumento de sueldo. Reténgala, Rector, para mi beneficio. El Dr. Villar es un alto especialista en dolor y de probada capacidad para amortecerlo, pero sospechamos que también para generarlo, por eso, bajo su noble yugo, yugamos día a día con sostenido entusiasmo.

Es bueno saber que ACES le confiere poder a nuestro Rector con su confirmación por cinco años más. Pero más cierto aun es que el Rector más allá del poder conferido, tiene autoridad. En latín la voz viene de un verbo activo, *augere*, que significa “hacer crecer”. “promover”. ¿Y que otra cosa estamos viviendo hoy y aquí? Este crecimiento nace del buen ejercicio de la autoridad, en su etimológico sentido.

Queremos que nuestros alumnos, y lo logramos, sean señores de su cabeza. Que no sean perros de luneta que la mueven con los baches del camino. Que sepan dirigirla hacia atrás y explorar el pasado; girarla en torno de sí, para conocer la realidad y ver qué debe cambiarse de ella; hacia dentro, concentrándose en la conciencia de sí mismo; hacia arriba, buscando dimensión trascendente que de marco a su vida, acompañada por aquel verso de Marechal, que bautiza un mito pagano, el de Dédalo y su hijo Ícaro: “De todo laberinto se sale por arriba...” Y, finalmente, hacia adelante, orientados en un proyecto que de vida a la vida.

Combatimos el facilismo con el que se les quita tensión espiritual y tono a los muchachos. La atonía espiritual es una muerte lenta del espíritu. La exigencia genera esfuerzo, el proyecto da vida a la vida y nos tensa hacia él. A la pedagogía de la cuesta abajo, le proponemos la de cuerda de nudos. Tanto se los ha cascoteado con faltas y errores durante vel secundario, sin

celebrar sus logros que, cuando en primer año, les preguntamos cuáles son sus talentos, sus capacidades, el silencio reina en torno. No se han detenido a pensar lo bueno que portan. No se conocen. Y para ayudarlos a saberse, apoyados en sus baquías, comenzamos la gradual exigencia.

Somos hijos de Dios, de nuestros padres y maestros y de nosotros mismos. Dios hace lo suyo, no hay que ayudarlo; los padres escasean: hay muchos hijos y pocos padres y no suelen conocer el refrán criollo que reza: “¿Sin espuela y freno, qué caballo sale bueno?”. Es decir sin estímulo y sin contención, “la cosa no va”, como dijo coloquial y claramente el papa Francisco.

En cuanto a que el muchacho debe ser hijo de sí mismo el contorno lo ha desacostumbrado al esfuerzo de parirse. Se le da bolo alimenticio, no hueso con tuçetano que educa el uso de los dientes para roerlo y llegar al caracú. Padres y maestros mastican, saliuvan y casi digieren por él. Así jamás le generarán una fuerte potencia digestiva.

El maestro zen le dijo al discípulo, poniéndole un grano de trigo en la palma: “Hacelo crecer hasta el pan”. Y el pibe panificó. Pòngale un problema con el que tropiece, y se vea obligado a trazar un proyecto para solucionarlo, y tiéndale, cuando lo requiera, una cuarta si es necesario, y lo verá en su plenitud salir del pantano problemático.

Un viajero medieval, llega a la planta de una obra en construcción, donde todos trabajan aplicadamente, como en una oficina pública... soviética, laborando en piedras. Y le pregunta al primero qué hace. El hombre contesta: “Pulo esta piedra”. Le pregunta lo mismo al segundo, y el pulidor dice: “Pulo esta piedra para un capitel de puerta”. Llega al tercero y lo interroga sobre qué hace y la respuesta es magnífica: “Construimos una catedral”. Este tiene clara percepción de dos cosas: en el uso de la primera del plural, que nos dice que todo lo podremos entre todos, y en que revela una nítida visión de conjunto, de trabajo ayuntado, en que se integra.

La segunda semana de clase decidí aplicar el test lítico medieval. Entro y veo a los alumnos leyendo. Le pregunto al primero, “¿Qué hacés?”. “Leo a Borges”, me contesta. El segundo responde: “Ejercito mi capacidad de comprensión en un texto que me resulta difícil”. Y el tercero me espeta: “Me estoy introduciendo en la comunicación”. Este ya es australino. Que

todos avancemos hacia la idea de que construimos, con piedras y con libros, una universidad. Que Dios nos valga.

*Clase inaugural del curso 2013, dictada el 25 de marzo, en el campus de Pilar

.